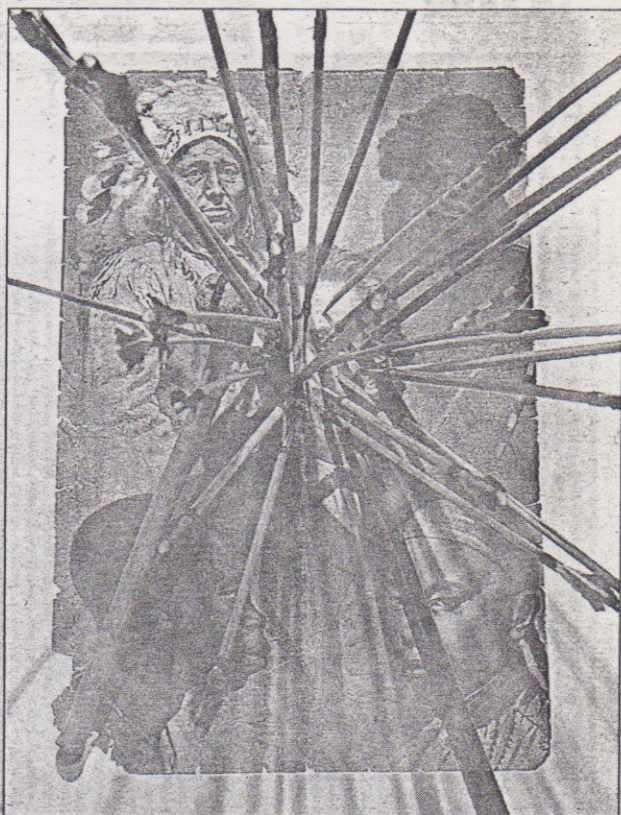


Piel plana (1969), escultura del colombiano Germán Botero.



Detalle de The little revenge from the periphery (1993), instalación del cubano José Bedía.

FRANCISCO CALVO SERRALLER

Promovida por Canadá, y tras su exhibición en diversos lugares de América, se presenta ahora en la sede madrileña de La Caixa, la exposición titulada *Cartografías*, que pretende simultáneamente ser y no ser una muestra de arte latinoamericano, pero que, en cualquier caso, contiene obras de 14 artistas latinoamericanos, seleccionados por el brasileño Ivo Mesquita, el comisario de la misma. Pero si acabo de señalar que pretende ser y no ser simultáneamente una muestra de arte latinoamericano, ello se debe a lo que plantea en su presentación teórica, donde se enuncian algunas de las más graves contradicciones que suelen marcar el destino de este tipo de empresas, no sólo atrapadas prácticamente por su exceso globalizador, sino, sobre todo, por las caricaturizaciones ideológicas con que se suele tratar de maquillar el eventual sentido de las mismas.

Esta previa explicación defensiva del proyecto, así como la modesta ambigüedad del título de la convocatoria, que ha eludido inteligentemente adjetivar con comprometedores subtítulos el enunciado simple de *Cartografías*, evita que nos calentemos la sangre por la pretenciosidad de lo ambicionado y nos exime de los consiguientes ajustes de cuentas. Aunque, luego, las divagaciones teóricas de los textos del catálogo resulten harto confusas, no sé si debido a la incomprensible traducción castellana, esta sensata delimitación de lo que nos ofrece se recibe con cierto alivio.

Una cartografía artística en latino

Catorce artistas latinoamericanos
exponen sus obras en Madrid

¿De qué se trata entonces? Bueno, pues Ivo Mesquita ha tratado de seleccionar estos 14 nombres en función de que sus respectivas obras demostrasen una cierta implicación en el debate estético y moral del, vamos a llamarlo así *posmodernismo*, algo que resulta mucho más eficaz por lo que niega —por ejemplo, los estereotipos de la identidad antropológica o de la rebelión política como los criterios al uso en este tipo de proyectos—, que por lo que afirma. Pero, en todo caso, más allá de criterios o intenciones, lo que defiende y favorece esta iniciativa es el interés y la calidad de los artistas seleccionados, y, sobre todo, las obras elegidas para representarlos, que forman un conjunto notable.

Todo el
conjunto se
muestra como
algo verosímil y
viable,
sin
dogmas ni
estridencias

En este sentido, yo no sé ubicar, ni tampoco, por tanto, qué valor representativo se puede otorgar a lo que ahora vemos de cada uno de estos 14 artistas en relación a su contexto nacional original, Cuba, Brasil, Venezuela, México, Chile, Argentina y Colombia, y, aún menos, determinar los puntos de relación que pudieran tener entre sí estos artistas latinoamericanos como latinoamericanos, al margen naturalmente de ciertas obviedades, pero sí puedo afirmar que me interesa la actitud creadora de todos ellos y la mayor parte de las cosas que han hecho para esta exposición.

Me interesa su desenfado formal y técnico, completamente puesto al día o a la moda

internacional, pero, casi siempre, sin renunciar a los simbólicos, y a lo que, a través de éste, enlaza finalmente con una identidad precisa y no intercambiable, lo que no significa ninguna autoafirmación folclórica, sino precisamente una indagación reflexiva, crítica. Me interesa, además, en razón de la imprescindible complejidad de esta actitud, el que rehúyan las fórmulas fáciles —cómplices— de identificación, creando dudas y no seguridades en el espectador; vamos que, por lo general, hablan artísticamente como hay que hablar, pero no dicen lo que hay que decir o, al menos, de la forma que se espera oírlo.

En este sentido, me parece particularmente notable la obra de la cubana Marta María Pérez Bravo, de la colombiana María Fernanda Cardoso, del brasileño Mario Cravo Neto, de los chilenos Juan Dávila y Gonzalo Díaz, de los mexicanos Julio Galán y Nahum B. Zenil. También me parece brillante, aunque por motivos dis-

tintos, la brasileña Iole de Freitas, con sus bellas y ampulosas piezas barrocas que, en ocasiones, nos da la impresión como si se tratase de una Eva Hesse resucitada en latino. Por cierto, que en Madrid tiene previsto Iole de Freitas hacer una instalación, con materiales múltiples, de efectos transparentes muy teatrales.

Esperanto internacional

El resto de los participantes, entre los que se encuentra el entre nosotros más conocido Guillermo Kitca, presentan una obra más pulcramente formalista, más fría y resguardada, quizá más estratégicamente *sabia*, en sintonía con ese esperanto internacional en el que parece converger últimamente el arte actual. En el caso del brasileño José Leonilson hay, empero, ciertos cortocircuitos cargados de ingenio y alguna pieza de rotunda belleza.

Sea como sea, no se produce nunca una divergencia alarmante perturbadora entre estas dos líneas dominantes en esta exposición cartográfica, que no ha pretendido ser como ese mapa a escala de la realidad sobre el que ironizó Borges, ni cerrar sectariamente fronteras. Antes, por el contrario, todo el conjunto se muestra como algo verosímil y viable, sin dogmas, ni estridencias, como una invitación al viaje del conocimiento de una realidad sin rutas preestablecidas, pero con una voluntad de llegar a un lugar. En los tiempos que corren, esto me parece estimulante, como debe ser una cartografía en latino mejor que de lo latino.